

La materialidad de la cultura

Raymond Williams propuso hace más de tres décadas, que la cultura excedía los libros y las obras de arte convencionales y que, más bien, se la puede encontrar a cada momento en la vida cotidiana. En 1999 se estrenó “Rosetta”, el film de Jean Pierre y Luc Dardenne que pinta de cuerpo entero, en el día a día de esta joven, una subcultura marginal lamentablemente actual, enmarcada en los suburbios de una ciudad industrial europea. El clima es tenso desde el principio: la protagonista actúa como un animal acorralado, lucha cuerpo a cuerpo con su jefe, corre desaforada por la fábrica para evitar que le comuniquen su despido. La veremos también tirada en el piso aferrándose obstinadamente a un saco de harina para no abandonar su puesto de trabajo. La cámara sigue lentamente la metamorfosis de Rosetta saliendo del *tráiler* en el que vive para llegar al trabajo y una vez allí, la ritualización y la disposición del cuerpo para cumplir las tareas nos introduce de lleno en la problemática que articula mercado y cultura. Sin rodeos, la protagonista enunciará: Mi nombre es Rosetta, tengo un trabajo, tengo un amigo, no voy a caer al abismo.

A esta problemática propuesta por los directores belgas, los estudios latinoamericanos responden de antemano con varios volúmenes. La resistencia salvaje de Rosetta es el eco a los impactos de las políticas neoliberales en la cultura que denuncia Néstor García Canclini cuando afirma que “la exclusión es un componente de la modernización encargada al mercado”. La mexicana Rosana Reguillo resaltó el impacto que la lógica del mercado ha tenido sobre los cuerpos, al afirmarse como único mecanismo de inclusión social. Por fuera de él, se asoma “el abismo”. Mario Margulis y Marcelo Urresti, en un libro publicado en 1997, ayudan a indagar sobre lo variable de la definición de juventud en relación con aspectos materiales, históricos y políticos. Dos años más tarde, Rosetta construye la misma idea. Aquella “moratoria social” que se refiere al tiempo libre propio de la juventud, está completamente vedada para la protagonista. Parece útil retomar la noción de clase, en tanto ésta efectúa una clausura, determina los límites de la experiencia cultural, aunque no necesariamente su contenido. Si bien no se muestra una sola manera de ser joven y pobre, nada recuerda a los adolescentes de las clásicas películas norteamericanas que callan para dejar hablar a esta generación de clase obrera marginal europea. La hostilidad del entorno se traduce a su vez en una imagen rústica, un silencio musical áspero, una presencia material de la cámara que parece tomar al pie de la letra la insoslayable constricción de lo concreto en la experiencia cotidiana. Y, sin embargo, los hermanos Dardenne parecen seguir a Dick Hebdige en su argumentación cinematográfica al presentar una equilibrada combinación de factores económicos, culturales e ideológicos que condicionan la conducta de la protagonista.

La relevancia de la propuesta fílmica y las reflexiones expuestas radica en su cruda actualidad: el caso Rosetta se replica como un fractal en la juventud a nivel mundial. La trayectoria y experiencia de los estudios latinoamericanos, puede sumar a la tarea de construir una alternativa que sostenga un cambio de la realidad concreta de las personas, con miras a una mayor democratización. La

idea de que la cultura se respira en todos los ámbitos de la vida, obliga a pensar políticas culturales que los abarquen si quieren evitar naufragar en tinta.

Olenka Tylka.